

# JUVENTUD CUBANA Y PARTICIPACION SOCIAL: DESAFIOS DE UNA NUEVA EPOCA<sup>1</sup>

*María Isabel Domínguez*

Publicado en: LA SOCIEDAD CUBANA. RETOS Y TRANSFORMACIONES.

Compilación CIPS, La Habana, 2003.

En el actual escenario de fin de siglo, signado por la globalización en un contexto en que – a pesar de sus evidentes síntomas de deterioro – predomina la aplicación de políticas neoliberales, y en que el crecimiento de la pobreza, el desempleo y la exclusión parecen indetenibles, el tema de la participación democrática se convierte en punto de análisis obligado, pero no puede ser evaluado si no se acompaña del tema de la equidad y la justicia social, como factores esenciales que pueden garantizar *integración social*.

Aun cuando la preocupación por estos temas tiene carácter internacional como lo demostró la realización en 1995 de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social convocada por Naciones Unidas y en la que los ejes centrales del análisis fueron precisamente el crecimiento de la pobreza, el desempleo y la integración social, no cabe dudas que los mismos tienen una particular trascendencia para la Región Latinoamericana por su historia, su situación actual y sus perspectivas de futuro. En tal sentido, consideramos de gran interés y posibilidades enriquecedoras, el diálogo e intercambio de experiencias sobre las disímiles situaciones que caracterizan nuestra región.

En ese marco, la experiencia cubana resulta particular después de cuatro décadas de desarrollo de un proyecto revolucionario que, a pesar del desplome del Muro de Berlín y del acoso del gobierno de Estados Unidos, ha logrado diseñar – como ha dicho Pablo González Casanova – *“una lucha de inserción en la “globalidad” con defensa de las victorias sociales y emancipadoras, y con proyectos de una apertura democrática que, limitada por el bloqueo norteamericano con su lógica de intervención y guerra, expresa sin embargo la práctica concreta de lucha del pueblo trabajador por la defensa de las políticas sociales y de la independencia nacional, claramente amenazadas.”* (González Casanova, 1997).

En el lapso de tiempo transcurrido desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, los procesos asociados a la juventud y a la participación social así como la relación entre ellos, han atravesado en el ámbito internacional por diferentes etapas y han estado sujetos a notables modificaciones, lo que ha condicionado la existencia de innumerables concepciones e interpretaciones tanto en los espacios académicos como políticos y, a la vez, disímiles según los contextos socioeconómicos y sociopolíticos en que los mismos se han desarrollado. Así ha sido centro del análisis la emergencia de los movimientos juveniles y especialmente estudiantiles en los países industrializados a fines de los años 60; la participación juvenil de sectores populares en movimientos de liberación nacional, por ejemplo en Centroamérica en los años 70, o la apatía política y el pasotismo que ha caracterizado a la generación joven de casi cualquier latitud en los dos últimos decenios.

La atención de que han sido objetos se explica por la centralidad del grupo juvenil en la estructura social y por la relevancia del control de los procesos de participación para la estabilidad o desarrollo de cualquier sociedad, aunque por supuesto, el enfoque varía en correspondencia con el rol que se le asigne en cada una de ellas. En el caso de la sociedad cubana de este período, la juventud ha constituido un segmento social vital tanto en términos cuantitativos como cualitativos y la participación ha estado en los

fundamentos mismos de la concepción del proyecto, de ahí que la relación *juventud - participación social* sea un eje central de análisis y evaluación de su funcionamiento.

La última década del siglo XX fue particularmente compleja para la Humanidad en materia de proyectos de justicia social, bajo un orden internacional unipolar en lo político y concentrador y excluyente en lo económico. Cuba no es ajena a los retos que enfrenta el mundo en la actualidad para garantizar integración social a su población en general y especialmente a sus generaciones jóvenes, que arriban a la vida social en circunstancias difíciles. El país ha sufrido durante este período la peor crisis económica de su historia con efectos sobre el nivel de vida de la población, a pesar de los esfuerzos para redistribuir equitativamente sus impactos y evitar el aplastamiento de algún grupo social.

El objetivo del presente trabajo es hacer referencia a la participación social de la juventud cubana en el contexto de las complejas circunstancias socioeconómicas que ha vivido el país durante la década de los años 90 y los desafíos a los que se enfrenta en el nuevo siglo. Como procesos esenciales seleccionaré las posibilidades de acceso a la educación, al empleo y a la participación sociopolítica. En los tres casos se analizarán tanto elementos de carácter objetivo como las percepciones acerca de tales posibilidades.

La hipótesis de fondo que mueve este intento investigativo la formuló el Maestro Pablo González Casanova cuando dijo *“La alternativa de una democracia universal que construya mallas de poder en expansión podrá darse desde algunos Estados-nación como Cuba...”* (González Casanova, 1998).

Esa alternativa se está construyendo pero vale la pena precisar cuáles son sus efectos reales para sectores claves de la juventud por sus significados actuales y perspectivas y evaluar, a su vez, la correspondencia entre los procesos objetivos y las percepciones y representaciones que en el plano de la subjetividad tienen los/las jóvenes sobre ellos.

Conjeturamos la existencia de cierta heterogeneidad socioestructural tanto en el acceso real como en el plano subjetivo, de acuerdo a la extracción social (características de la familia de procedencia) así como a la propia inserción social actual del/la joven.

En Cuba existe una experiencia acumulada en estudios sobre juventud en sentido general y sobre los procesos concretos que pretendo abordar: educación, empleo y participación, sobre todo a partir de 1986 (Domínguez, 1995), que constituyen antecedentes comparativos para evaluar la situación actual.

Pero antes, resultan necesarias algunas precisiones conceptuales.

### **¿Qué entendemos por juventud?**

Sin lugar a dudas, una definición conceptual de juventud resulta controvertida por la naturaleza diversa de los procesos que tienen lugar en esa etapa de la vida, de orden biológico, psicológico y social. Ello ha dado lugar a numerosas definiciones según los elementos que se privilegien en el análisis, incluso cuando se intentan combinar criterios de distintos órdenes. No es mi intención detenerme aquí en tales complejidades teóricas, sino solo apuntar la definición que he asumido en los estudios sobre este sector de la población (Domínguez, 1994).

Parto de una *concepción de juventud* en la que ésta se define como una categoría histórico-concreta que designa un grupo sociodemográfico internamente diferenciado según su pertenencia a la estructura social de la sociedad, en particular a las distintas clases y capas que la componen, a la vez que constituye su segmento más dinámico y móvil. Enfatizo que la juventud no está biológicamente determinada sino definida socialmente por la naturaleza de la actividad que se desarrolla en esa etapa, la que condiciona un conjunto de *relaciones sociales* específicas que conforman el *status juvenil* a partir del significado propio de dicho período. Ello da lugar a una *identidad juvenil* que es tanto autoidentidad como identidad reconocida por el resto de las generaciones.

Esta concepción de juventud, aun cuando admite su carácter como etapa del ciclo de vida y tiene que recurrir al establecimiento de límites de edades para operacionalizarla, pone el énfasis en las relaciones sociales de que es portador el grupo en su conjunto así como cada una de sus subdivisiones ya sean etáreas o de otra naturaleza. Por tanto no es posible su estudio sin ubicarla en el contexto de la estructura social en la que se inserta y sin considerar, sobre todo, su doble pertenencia a la estructura generacional de la población y a la estructura socioclasista.

Ello obliga a definir conceptualmente a las *generaciones*, a las que consideramos como *el conjunto histórico-concreto de personas, próximas por la edad y socializadas en un determinado momento de la evolución histórica de la sociedad, lo que condiciona una actividad social común en etapas claves de formación de la personalidad que da lugar a rasgos estructurales y subjetivos similares, que la dotan de una fisonomía propia.*

Esta definición – aunque coincide con la mayor parte de las que han sido elaboradas a lo largo de la historia del concepto al destacar que es un grupo de personas que vive y se forma en una determinada etapa histórica – pone el énfasis en el carácter de la actividad social desplegada colectivamente como lo realmente conformador de la generación. Es por esta razón que, a diferencia de los principales teóricos que han definido las generaciones y han usado el método generacional para analizar procesos sociales concretos, no encuadramos cada una de ellas en intervalos fijos y regulares, sino por el contrario en períodos variables según los vaivenes del movimiento real de la historia<sup>2</sup>.

A su vez, esta manera de concebir las generaciones obliga a no desconectar su análisis del estudio de la *estructura socioclasista*, es decir, *del conjunto de clases, capas y grupos sociales que se derivan de la división social del trabajo y de las relaciones de propiedad imperantes*, pues de lo contrario estaríamos intentando homogeneizar conjuntos objetivamente

---

<sup>2</sup> Generalmente, las concepciones sobre generaciones a lo largo de la historia han pretendido fijar la duración de ellas en intervalos fijos. Así la duración de cada una se ha definido según los principales ciclos de la vida, la esperanza de vida u otros indicadores. (Domínguez, 1994<sup>8</sup>)

heterogéneos. Desde este punto de vista, generaciones y clases sociales constituyen eslabones de una enmarañada red de relaciones.

En términos concretos, se consideran jóvenes en Cuba las personas comprendidas entre los 14 y 30 años, por estimarse que en ese período tienen lugar los procesos antes descritos y porque las políticas de juventud abarcan ese intervalo. Sin embargo, se toma en cuenta que entre esas edades hay notables diferencias tanto biológicas como psicológicas y sociales. Por esa razón, para mis estudios he distinguido la presencia de tres subgrupos, cuyo núcleo central, donde se expresan los procesos típicamente juveniles, es precisamente el segmento intermedio (Domínguez, 1988):

- Juventud temprana (14-17 años)
- Juventud media (18-24 años)
- Juventud madura o tardía (25-30 años)

En cuanto a la estructura generacional de la población cubana – estudiada según los criterios teóricos antes enunciados y sometida a comprobación empírica con una muestra representativa de la población perteneciente a diferentes clases y grupos sociales a escala nacional – está conformada por seis grupos generacionales claramente delineados: (Domínguez, 1989)

1. Los nacidos entre 1922 y 1934
2. Los nacidos entre 1935 y 1943
3. Los nacidos entre 1944 y 1949
4. Los nacidos entre 1950 y 1961
5. Los nacidos entre 1962 y 1970
6. Los nacidos entre 1971 ...<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Esta última generación tiene aun indefinido su límite inferior y probablemente ya incluye miembros de una generación subsiguiente, pero el estado de maduración de esta nueva generación aun es insuficiente y hace muy difícil su medición empírica.

En este ensayo obviaremos las precisiones de cada uno de los grupos y nos referiremos a las generaciones según la década en que atravesaron su etapa juvenil. En ese caso cuando hablemos de las generaciones del 50, 60, 70, 80 y 90, nos referimos a los grupos 2,3, 4, 5 y 6, aproximadamente.

### **¿Qué entendemos por participación social?**

También en términos conceptuales, la definición de participación resulta amplia y polémica, pues depende en gran medida del modelo de sociedad y de democracia del cual se parte y cómo se conciben las relaciones de poder, así como del nivel de análisis en que nos situemos: macro o micros social. Sin embargo, a pesar de las diferencias de enfoque, existe bastante consenso en aceptar – al menos teóricamente – que la participación es la acción colectiva y organizada para incidir en el poder – del nivel de que se trate – lo que implica necesariamente posibilidad de iniciativa y capacidad de decisión.

Convenimos con la definición según la cual, participación es “... *el proceso interaccional dotado de cierta iniciativa, con intervención en algunas de las instancias de conocimiento, discusión, decisión y ejecución*” (Montaño, 1992).

Vale la pena apuntar que en cualquier nivel, la participación actúa como mecanismo democratizador en tanto implica una redistribución del poder y la transmisión de éste a un mayor número de personas. Por ello resulta imprescindible considerar las posibilidades que socialmente se crean para facilitarla u obstaculizarla. Es decir, que la participación solo se hará efectiva cuando transfiera poder a los sectores que participan para que ejerzan influencia sistemática en el desarrollo de la sociedad, cuando compartan el protagonismo social con sus correspondientes espacios de influencia.

Para los objetivos de nuestras investigaciones sobre la juventud cubana (Domínguez y Ferrer, 1996), hemos concebido la participación no en sentido estrecho solo en el ámbito político, sino en su sentido más general incluida la participación en la vida social y

económica a través del estudio y el trabajo<sup>4</sup>. Consideramos la *participación* como *el acceso y la presencia real de los individuos y los grupos en las instituciones y organizaciones económicas, sociales y políticas de la nación y la posibilidad de intervenir en las decisiones que le conciernen no solo como beneficiarios sino también como formuladores de estas decisiones*. A la vez que evaluamos la capacidad del propio proceso participativo para configurar y modificar el sistema de valores y normas compartidas por los distintos grupos sociales que se expresa como *cohesión nacional*, es decir, sus potencialidades como mecanismo de producción de sentido colectivo. Por eso incluimos elementos más inaprensibles como las motivaciones que guían las conductas participativas.

De ahí que nuestra concepción de participación esté estrechamente vinculada con la de integración social entendida ésta como la conjunción de justicia social, participación y cohesión en torno a valores.

En este amplio conjunto, la evaluación de los procesos de participación sociopolítica es una de las tareas más complejas desde el punto de vista investigativo si se quiere interpretar con seriedad el significado de indicadores objetivos como la pertenencia a organizaciones y asociaciones, o indicadores de tipo subjetivo como las motivaciones de la participación. Quizás por eso encontramos con menos frecuencia estudios sobre estos temas u otros que lo abordan de forma muy simplificada.

La pertenencia de la juventud a organizaciones o asociaciones, sobre todo las de carácter sociopolítico, ha sido valorada como eficaz mecanismo de socialización, de identificación personal, de promoción social e incluso de redistribución del poder en la sociedad. Pero en la etapa juvenil la participación se enfrenta a la contradicción entre la dispersión y desorganización típica de la edad y la necesidad de comunicación e intercambio de experiencias y sentimientos arraigados de solidaridad, a lo que se añade que para la participación sociopolítica se requiere previamente una definición de intereses que en esa etapa de la vida aun suelen ser ambiguos (Arribas y González, 1987).

---

<sup>4</sup> Incluye también otras esferas como la participación sociocultural, deportiva, religiosa y otras, pero aquí nos hemos limitado al análisis de las tres esferas que hemos considerado básicas para la integración social.



Más recientemente se ha señalado que la participación actual de los y las jóvenes ha variado en relación con décadas anteriores en lo que se refiere al por qué, al para qué y al cómo de la participación y ello se resume en cuatro características: 1) la novedad de las causas de la movilización; 2) la priorización de la acción inmediata; 3) la ubicación del individuo en la organización o movimiento; y, 4) el énfasis en la horizontalidad de los procesos de coordinación. (Serna, 1998).

A pesar de ello, la participación juvenil es un excelente indicador de la extensión, naturaleza y calidad de la participación social en cualquier sociedad, porque ilustra en qué medida el proyecto social que se construye toma en cuenta las energías y diferentes perspectivas de las distintas generaciones, aprovecha sus potencialidades y brinda la oportunidad de ir remodelándolo de acuerdo con los necesarios cambios que el decursar de la historia impone.

La Declaración de Teherán en 1968, con motivo del 20mo Aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, estableció una vinculación explícita con la participación de la juventud, cuando señaló (Artículo 17):

*“the aspiration of the younger generation for a better world, in which human rights and fundamental freedoms are fully implemented, must be given the highest encouragement. It is imperative that Youth participate in shaping the future of mankind”.* (Oppenheimer, 1995).

### **Participación social y juventud en Cuba.**

En Cuba, a lo largo de la historia de la nación ha habido un fuerte protagonismo juvenil en todos los procesos sociales y un rasgo distintivo de la participación juvenil y especialmente estudiantil ha sido su fuerte imbricación con otros actores sociales por la consecución de metas generales y no circunscritas a intereses sectoriales, gremiales o generacionales, aunque éstos hayan estado presentes.

Su papel relevante a partir del triunfo de la Revolución en múltiples tareas productivas, culturales y defensivas vitales para el país, convirtió al grupo juvenil en un segmento

estratégico para el desarrollo nacional. La juventud potenció su participación sociopolítica a partir de una fuerte inserción social, resultante de las nuevas condiciones creadas para el acceso a la educación a todos sus niveles y al empleo. Ambos factores provocaron intensos procesos de movilidad social ascendente.

La oportunidad de ingreso a la vida adulta con perspectivas de progreso legitimó el significado del cambio y reforzó su participación y su compromiso. De acuerdo a mediciones empíricas posteriores, el 34% de la generación joven de los años 60 tuvo una participación sociopolítica elevada en distintas esferas (Domínguez, 1998).

Esa generación tuvo la posibilidad de poner en práctica un nuevo estilo de participación que conectaba la satisfacción de sus necesidades con la búsqueda de soluciones a los problemas de los grupos mayoritarios de la población. Por esa razón, la juventud se convirtió en la portadora del cambio encaminado a un reordenamiento económico, social y político que brindara mayor igualdad y justicia.

Esta radicalización de la juventud cubana no escapaba a las características del contexto internacional en esa época, el auge de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional y la presencia de utopías emancipatorias que encarnaron en prácticas políticas en distintos lugares y de los cuales, la Revolución Cubana fue una concreción y un impulso, a la vez que se convirtió en referente para la participación juvenil en otras sociedades.

Las décadas de los años 70 y 80 desarrollaron y consolidaron algunos de los procesos iniciados en los 60, pero también introdujeron cambios en los grupos juveniles y la dinámica de la participación social.

Factores demográficos como el crecimiento de la natalidad durante los años 60, convirtieron a la juventud en un sector significativo también desde el punto de vista numérico, situación que se mantuvo a lo largo de los dos decenios siguientes, sobre todo durante los años 80 en que representaron alrededor de un tercio del total de población.

Se elevaron los niveles de instrucción y calificación hasta situar el promedio de escolaridad en noveno grado, pero más de la mitad de la juventud tenía enseñanza media superior o universitaria. El acceso a las universidades se hizo masivo y llegó a alcanzar el 18% de la población entre 18 y 23 años<sup>5</sup>.

Simultáneamente, la juventud logró una elevada inserción laboral, garantizada por la política de pleno empleo vigente en el país. En la segunda mitad de los 80, llegó a representar el 50% de la fuerza de trabajo ocupada aun cuando constituía alrededor del 40% de la población en edad laboral. Pero esa incorporación al trabajo no solo fue significativa en el plano cuantitativo sino también en el cualitativo, al concentrarse en actividades económicas y sociales vitales para el país, como por ejemplo, el 32% de los obreros industriales, el 43% de los profesionales y técnicos y el 34% de los científicos (Domínguez, 1987)<sup>6</sup>.

Estos procesos consolidaron las tendencias al carácter ascendente de la movilidad social intergeneracional, lo que se expresó en el crecimiento de los grupos urbanos y los vinculados a la producción industrial y a mayores requerimientos de instrucción, calificación y nivel tecnológico.

Si bien el crecimiento de la participación en la educación y el empleo implicó a la juventud como un todo, tuvo expresiones más notables en relación con la mujer, porque este sector partió de condiciones más desventajosas y porque se concibió una política explícitamente dirigida a materializar su igualdad de derechos y a elevar su participación social.

---

<sup>5</sup> José Joaquín Brunner señala que los expertos usan frecuentemente el criterio de situar el umbral de la transición entre sistemas educativos de élites y masificados en una tasa de escolarización terciaria del 15% (Brunner, 1990).

<sup>6</sup> Sin embargo, a fines de los años 80, esta elevada incorporación laboral coincidió con la aparición de un grupo de jóvenes desvinculados del trabajo, como resultado de la conjunción de diferentes factores, en primer lugar, el arribo masivo a la edad laboral de los nacidos durante el boom demográfico de los 60, una menor dinámica de la economía; débiles mecanismos de recirculación de la fuerza de trabajo ocupada; desfases en los procesos de transición de la educación al empleo por falta de correspondencia entre los perfiles de la formación y las oportunidades laborales y fuerte selectividad ante el empleo por parte de la juventud. Como resultado el grupo alcanzó ciertas magnitudes hacia 1987, pero la puesta en práctica inmediata de un conjunto de medidas para garantizar empleo juvenil, había hecho decrecer considerablemente el número para 1989.

Paralelamente al crecimiento de la participación de la juventud en la educación y el empleo durante esas dos décadas como expresión de la maduración de las acciones de justicia social promovidas socialmente, se fue produciendo cierta reducción de la participación sociopolítica a nivel social.

En ello confluyeron varios factores: en primer lugar fue el resultado natural de un proceso de maduración y mayor estabilización del proyecto social que se expresó en su institucionalización lo que, entre otras cosas, traspasó a instituciones estatales tareas que en una primera etapa se realizaron con participación popular. Pero también y en gran medida fue el resultado de un mayor acercamiento al modelo de construcción socialista instaurado en Europa Oriental con quien Cuba estrechó sus relaciones a partir de la década del 70 ante el fracaso de la estrategia económica seguida durante los años 60 y la constante hostilidad de Estados Unidos<sup>7</sup>. Esos vínculos – esencialmente positivos en la medida que favorecieron relaciones económicas preferenciales – tuvieron implicaciones negativas con la adopción de modelos de dirección y planificación de la economía y de institucionalización estatal con un alto contenido burocrático y poco ajustados a las circunstancias cubanas: a la escala del país, su nivel de desarrollo, sus tradiciones culturales y la naturaleza de su proceso revolucionario.

En estas condiciones se inició una etapa de menor peso de la participación social en comparación con momentos anteriores – aun cuando el modelo cubano nunca renunció a ese elemento como uno de sus pilares básicos – pues el esquema de institucionalización con excesivo empleo de la planificación centralizada y de la utilización de resortes económicos, tuvo sus efectos en la cantidad y tipo de actividades que demandaban una participación masiva; cambió el significado social de muchas de las acciones y el papel real de los ciudadanos en la toma de decisiones, lo

---

<sup>7</sup> La estrategia económica adoptada descansaba en un fuerte componente idealista acerca de la conducción de la sociedad, que pretendía realizar la construcción paralela del socialismo y el comunismo. Su fracaso se expresó en la imposibilidad de alcanzar la meta de hacer una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970, para lo cual se habían comprometido muchos esfuerzos y recursos. Como resultado se produjo un fuerte desequilibrio de la

que se expresó en cierta formalización de los espacios participativos existentes y en las prácticas concretas.

En el caso específico de la participación de la juventud, a la reducción que tuvo lugar a escala de toda la sociedad se unió la falta de concreción y simplificación de las tareas a ellos encomendadas y esquematismos en la movilización.

No obstante se conservaron áreas de fuerte actividad para el sector juvenil, precisamente en la esfera educacional que dieron respuesta a importantes necesidades del momento como suplir la carencia de maestros y profesores para dar cobertura masiva a las demandas de enseñanza del numeroso grupo de estudiantes procedentes del boom demográfico. Así, muchos jóvenes participaron en movimientos por la educación, como el Movimiento de Monitores en todos los niveles de enseñanza, el Destacamento Pedagógico y las Brigadas Pedagógicas en el nivel medio, y el Movimiento de Alumnos Ayudantes en el nivel superior.

También se plantearon demandas de participación en tareas laborales de primer orden para el país, las que en una gran proporción fueron asumidas por los jóvenes en las denominadas "Obras de Choque de la Juventud" y se generalizó el sistema de combinación de estudio - trabajo con las Escuelas al Campo y Escuelas en el Campo.

En otras esferas, se produjeron movilizaciones políticas masivas como expresión del respaldo de la mayoría al proyecto de la Revolución, las que tuvieron su punto más alto en las Marchas del Pueblo Combatiente en 1980 frente al éxodo hacia Estados Unidos de un gran número de cubanos. A la vez, desde la segunda mitad de los años 70, miles de jóvenes cumplieron misiones internacionalistas militares y civiles en países de África y Centroamérica.

Para esa fecha se calculaban en más de medio millón los militantes de la organización política juvenil (604 457 miembros en 1987) (UJC, 1990) y eran jóvenes el 22% de los

---

economía interna y en la búsqueda de soluciones se produjo un acercamiento a la comunidad socialista europea y la inserción como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

representantes de los gobiernos municipales y provinciales y el 20% de los diputados al Parlamento (ANPP, 1987).

Sin embargo, a pesar de esas significativas evidencias de participación, ya para esa fecha comenzó a producirse cierta segmentación en la actividad del grupo juvenil. Según estudios realizados a finales de los años 80, una participación social alta y diversificada correspondía aproximadamente a un tercio de la juventud (Domínguez, et.al., 1990).

La organización juvenil reconoció críticamente estos problemas (UJC, 1990).

Junto a la insatisfacción de las organizaciones juveniles coexistían insatisfacciones por parte de los jóvenes acerca de las posibilidades con que contaban en distintas esferas de la vida social, sobre todo en los referidos a la toma de decisiones en los colectivos laborales o al nivel de los gobiernos locales (Domínguez, et.al., 1990).

La recuperación de la participación popular en un sentido amplio y el logro de una mayor inserción laboral y política de la generación joven estuvieron entre las metas centrales del Proceso de Rectificación iniciado en la segunda mitad de los años 80. Ello condujo a cambios en los estilos y métodos de trabajo de las organizaciones juveniles en particular de la organización política, que amplió su trabajo más allá de los límites de sus miembros para hacerlo extensivo a la juventud como un todo; combinó los métodos de movilización política con los culturales y recreativos para lograr una mayor adecuación entre los intereses de la organización y los de la juventud, así como sus gustos, lenguaje, etc.; y lo que fue más importante, se produjo una mayor orientación del papel de la organización a combinar sus funciones de agente movilizador con las de representante de los intereses juveniles en la estructura del Estado y en la formulación de políticas dirigidas al sector.

En tales circunstancias se inició la última década del siglo para la participación social de la juventud cubana.

## **Los años 90.**

Los años 90 han sido una etapa particularmente difícil para la sociedad cubana, signada por una profunda crisis económica que se inició con la propia década como resultado del derrumbe del bloque socialista eurooriental con el que Cuba mantenía los más estrechos nexos económicos en un momento en que, por insuficiencias en el funcionamiento interno del modelo económico, se encontraba en medio de un proceso de rectificaciones y reajustes. La crisis se vio reforzada por el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos que ha obstaculizado la implementación de la estrategia para superarla y lograr la reinserción en la economía internacional.

La caída económica significó la drástica reducción de los niveles de vida de la población cubana con considerable afectación para distintos grupos sociales. Por ejemplo, en solo tres años (entre 1989 y 1992) el consumo per-cápita de los hogares se redujo en 18,5% (ONE, 1996).

El enfrentamiento de la crisis – que alcanzó su pico máximo entre 1993 y 1994 – dio lugar a una estrategia de reajuste económico que ha implicado sustanciales cambios en el funcionamiento de la sociedad que van desde cambios en las formas de propiedad con la apertura a la inversión de capital extranjero, la desestatalización de parte de la producción agropecuaria y el incremento de la actividad laboral por cuenta propia; cambios en la dinámica de la economía por sectores y ramas con un crecimiento acelerado de la actividad turística, hasta la dualización de la moneda.

Estas transformaciones han tenido importantes repercusiones sobre las condiciones de trabajo y de vida de sectores importantes y han provocado cambios en la dinámica del funcionamiento social con expresiones particulares en el plano territorial y en los componentes de género y generacionales.

En este marco se producen transformaciones en los procesos de inserción social de la generación joven y ello tiene impactos de naturaleza subjetiva sobre sus perfiles morales y sociopolíticos, todo lo cual repercute a su vez en la naturaleza de su

participación social, tanto por los cambios que tienen lugar en los espacios participativos concretos, léase instituciones educativas, empleo y organizaciones sociales y políticas, como en el significado de esa participación para los diferentes grupos sociales y los individuos.

El seguimiento a la dinámica de esos cambios resulta de vital importancia para una adecuada caracterización del grupo juvenil que, a su vez, permita trazar políticas más ajustadas a sus necesidades e intereses que consiguientemente favorezcan una elevada participación social del grupo por el significativo papel de la juventud en la continuidad de cualquier proyecto social.

Veamos a continuación algunas expresiones concretas de la participación juvenil en esta década.

### **La Educación.**

Un objetivo esencial, a pesar de la complejidad de las circunstancias socioeconómicas por las que se ha atravesado, ha sido mantener – aun en los más difíciles momentos – los logros alcanzados en materia de educación, lo cual se evidencia en la conservación de la total cobertura de educación primaria para los niños y niñas entre 6 y 11 años (99,7%) y una alta tasa de escolarización en secundaria básica para la población entre 11 y 14 años (92,9%) (ONE, 1997)<sup>8</sup>.

La prioridad brindada a esta esfera permitió mantener un nivel de calidad que ha conservado el lugar privilegiado de la educación cubana dentro de la región. El estudio comparativo realizado por el Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad de la Educación, auspiciado por la Oficina Regional de Educación de la UNESCO, evidenció la superioridad de los rendimientos alcanzados por los niños

---

<sup>8</sup> Las tasas de escolarización secundaria se han mantenido en niveles elevados aunque mostraron una ligera inflexión hacia mediados del período, que para la segunda mitad comienza a recuperarse.



cubanos en todas las pruebas, en comparación con todos los otros países evaluados (UNESCO, 1998)<sup>9</sup>.

Sin embargo, no fue posible durante esos años mantener los mismos estándares cuantitativos de los niveles primario y secundario en la escolarización terciaria y a lo largo del período se produjo una contracción que dificultó hablar en esos momentos de un acceso masivo a la educación superior.

Desde finales de los años 80 se hacía evidente la necesidad de ampliar la enseñanza tecnológica de nivel medio y, sin lugar a dudas, ello hubiera significado recortes a las matrículas universitarias. Ya desde el curso 1989-1990 se ampliaron las capacidades con la construcción de más de treinta institutos politécnicos (Almuiñas, 1990). Sin embargo, la crisis económica obligó a un recorte mucho más acelerado, no solo por la inversión que significa la educación superior sino porque el sistema educativo ha intentado mantener una correspondencia con las necesidades del sistema económico en el ámbito del empleo y porque está establecida como política la necesidad de garantizar un puesto de trabajo a cada egresado universitario, situación que se ha tornado realmente aguda en las condiciones de contracción económica existentes.

Ello implicaba un importante nudo de conflicto en dos direcciones. Por una parte, en las actuales circunstancias de reestructuración económica, la planificación de mediano plazo que se necesita para prever las necesidades de egresados universitarios en los plazos de tiempo que consume la realización de las carreras, está sujeta a márgenes de incertidumbre demasiado fuertes que hacen más difícil lograr niveles de correspondencia aceptables que garanticen una transición fluida de la educación al empleo. Por otra, aunque en términos de justicia social resulta legítimamente incuestionable el valor de la garantía laboral a cada egresado universitario, para el logro de esa meta se hace necesario establecer recortes previos en el acceso a la educación

---

<sup>9</sup> Los países participantes en el estudio fueron Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Honduras, México, Paraguay, Perú, República Dominicana, Venezuela y Cuba. Las pruebas se realizaron con niños de 3ro y 4to grados sobre Lenguaje y Matemáticas.

superior que limitan el aprovechamiento por sectores más amplios de los jóvenes de uno de los principales bienes de que dispone la sociedad, restricciones que tienen efectos futuros para la participación social de la actual generación.

Los recortes en las matrículas universitarias reforzaron los procesos de diferenciación de género y de extracción social en el estudiantado universitario que ya se venían apuntando desde finales de los años 80. La feminización alcanzó niveles muy elevados. En el curso 1996-1997, el 60,2% de todos los estudiantes de nivel superior eran mujeres (ONE, 1996) y desde ese curso, entre el 68% y el 70% de los estudiantes que ingresaron cada año del resto de la década, son muchachas. Desde el punto de vista de la procedencia social, se consolidó una sobrerrepresentación de jóvenes cuyos padres tienen nivel universitario.

Los cambios en el plano objetivo se acompañan de otros, de orden subjetivo. La diversificación de las formas de propiedad, la emergencia de nuevos sectores y actividades económicas y la doble circulación monetaria han provocado la ruptura de la línea continua que existía entre calificación, empleo y condiciones de vida, lo que provocó una cierta devaluación de la educación que ha tenido su expresión en el incremento de la no-continuidad de estudios al concluir los niveles medios.

Tal devaluación, que tuvo sus momentos picos hacia mediados de la década, está comenzando a revertirse aunque lentamente, apoyado en la conservación de la legitimidad del sistema educativo formal en la acreditación para el acceso al empleo (Rodríguez Suárez, 2000) y en el significativo papel que tiene la educación en la psicología de la población como indicador de status social, más que por reales cambios en su contribución a un mejoramiento de las condiciones de vida, a pesar de que en los últimos años se han hecho ajustes en la política salarial para beneficiar a sectores profesionales, en especial los dedicados a la Educación y la Salud Pública. De manera que la Educación aun conserva su imagen en la juventud y un peso significativo entre las aspiraciones de este grupo social.

Según un estudio realizado con jóvenes de distintos grupos sociales, pertenecientes a tres provincias del país representativas de situaciones económicas y sociales distintas<sup>10</sup>, se apreció un consenso generalizado acerca de que la mayor oportunidad que brinda la sociedad cubana a la juventud es la posibilidad de estudiar, que estas oportunidades siguen siendo amplias, satisfacen en sentido general los intereses de los jóvenes, están al alcance de todos y lograr los más altos niveles depende de los esfuerzos personales (Domínguez et.al., 1999).

Esta visión es muy interesante porque en Cuba se ha desarrollado una psicología social bastante extendida que tiende a responsabilizar al Estado o las instituciones sociales con aquellos problemas que afectan a la población y minimizar la responsabilidad de los individuos o los pequeños grupos, como resultado de décadas de amplias políticas sociales de beneficio masivo, algunas incluso con componentes paternalistas. Sin embargo, en este caso la tendencia predominante es a reconocer que las oportunidades existen y depende del esfuerzo personal alcanzar esas metas.

De igual forma, las aspiraciones de superación alcanzaron altas proporciones entre la juventud estudiada, de manera que el 19% enfocó su principal deseo en la esfera del estudio, a la vez que esta área de la vida ha brindado las mayores satisfacciones al 32%, solo superada por el ámbito familiar. En contraste, la Educación como indicador de problema en la sociedad solo fue señalado por el 1,5%. (Domínguez et.al., 1999).

Existe consenso acerca de las oportunidades existentes a escala social y que su aprovechamiento depende del interés y esfuerzo personal, aunque luego se aprecian matices diferentes en las percepciones sobre las restricciones o no en el acceso a la

---

<sup>10</sup> El estudio abarcó una muestra de 436 jóvenes entre 16 y 30 años, en las provincias de Ciudad de la Habana (en su calidad de Capital del país, con la mayor concentración de población, mayor nivel de desarrollo socioeconómico, mayor oferta de empleo calificado, un nivel de vida más alto, una mayor oferta cultural y recreativa, el segundo polo turístico del país y problemas sociales típicos de las grandes ciudades): Pinar del Río (provincia de la región occidental, con una actividad económica fundamentalmente agrícola centrada en la producción tabacalera pero con perspectivas económicas favorables, cercana a la capital y aun con poco desarrollo turístico, pero en evolución) y Granma (provincia de la región oriental, con bajo nivel de desarrollo socioeconómico, eminentemente agropecuaria, con una presencia casi nula del turismo y en general del sector emergente, con una amplia población rural y con dificultades de oferta de empleo).

enseñanza superior, pues existe la visión de que en estos momentos ese acceso es más reducido – lo que se corresponde con el comportamiento real.

Como expresión sintética de opiniones bastante extendidas entre la juventud para explicar su motivación hacia la continuidad de estudios, pueden resumirse en tres razones principales: *significado económico perspectivo* a partir de expectativas de movilidad económica futura por una mayor correspondencia entre calificación profesional y mayor nivel de vida; *significado humanista de la educación* por el papel de la adquisición de conocimientos para la formación de las personas y su preparación para la vida en sentido general y *significado social* por el aporte de la preparación de la juventud al desarrollo y el futuro del país. Esta última visión es la que representa el vínculo más completo entre educación y participación social.

El estudio demostró que aun cuando a lo largo de esta década la educación ha sufrido los embates de la crisis en sentido objetivo y el interés por ella se ha visto algo afectado entre la juventud, conserva un lugar significativo como vía de participación social para ese sector de la población.

### **El empleo.**

Las tendencias que se dan en el área educativa tienen un fuerte impacto en la participación de la juventud en la esfera ocupacional – a la vez que están condicionadas en gran medida por ella.

El panorama de la relación entre juventud y empleo en Cuba en la segunda mitad de los años 90 se enmarca en el proceso de reestructuración laboral que ha tenido lugar dentro del reajuste derivado de la crisis económica. El elemento central de la reestructuración laboral ha sido la disminución del empleo estatal y el surgimiento de nuevas fuentes de empleo no estatal asociadas a la empresa mixta, las cooperativas y el trabajo por cuenta propia (González,1997). De tal manera que en 1987 los trabajadores estatales eran el 93,9% de los ocupados del país (CEE, 1987) y diez años

después (en 1997) se habían reducido al 76,8% (ONE, 1997). Para esa fecha, las personas entre 17 y 30 años constituían el 22% de la población y el 30% de la población ocupada en entidades estatales (ONE, 1997). La composición ocupacional de los/las jóvenes trabajadores/as estatales se muestra en el cuadro siguiente:

CUADRO 1: Composición ocupacional de los/las jóvenes trabajadores estatales.

Categoría ocupacional	% del total de jóvenes trabajadores estatales		% de jóvenes dentro de la categoría ocupacional	
	total	mujeres	total	mujeres
Obreros	54,8	23,5	32,1	26,6
Trab. Servicios	14,6	18,1	28,3	23,3
Administrativos	4,0	9,7	25,6	26,7
Técnicos	22,5	43,8	31,3	33,1
Dirigentes	4,1	4,9	15,7	21,5

Fuente: ONE, 1996.

Se aprecia una reducción de la presencia juvenil en la fuerza de trabajo técnica en comparación con la década anterior como resultado de los cambios en la estructura demográfica de la población<sup>11</sup> y de una menor presencia en las aulas universitarias. En la actualidad los/las técnicos/as representan un 22,5% contra un 54,8% de obreros/as entre los/las jóvenes trabajadores/as estatales, mientras en la pasada década las proporciones eran 26,2% y 47,0% respectivamente (CEE, 1987), es decir que la relación aumentó de 1,8 obrero/a por cada técnico/a a 2,4.

A la vez, se sigue consolidando la presencia significativa de la mujer en el trabajo calificado. Desde 1980, la proporción de mujeres dentro de la fuerza de trabajo calificada es superior a la de los hombres. En 1997 ellas constituían el 64,1% del total de técnicos del país

<sup>11</sup> Cualquier análisis sobre la presencia de los jóvenes en la estructura económica del país debe partir de considerar la significativa reducción de sus efectivos en más de 300 mil personas entre 15 y 29 años entre 1987 y 1997, lo que representa un decrecimiento del 10% del grupo juvenil.

(ONE, 1997) y en el caso de la juventud se fortalece esa desproporción como resultado del creciente proceso de feminización de la enseñanza superior al que antes hicimos referencia. Nótese que mientras la juventud técnica como conjunto representa solo el 22,5% del total de trabajadores estatales, las técnicas jóvenes representan el 43,8% del total de mujeres trabajadoras, lo que mantiene estable la relación obrera / técnica joven en comparación con la pasada década en 0,5.

De igual forma, los datos del cuadro muestran que, en la juventud, las mujeres tienen una presencia mayor en cargos de dirección que sus pares varones, lo que puede ser ya el efecto de sus mayores niveles de calificación.

No se dispone de datos exactos sobre la proporción que representan los/las jóvenes en otras categoría de trabajadores/as no estatales, pero existen elementos que permiten inferir un crecimiento de su presencia entre el campesinado y cierto peso en los trabajadores/as por cuenta propia<sup>12</sup>.

En el caso de estos últimos, debe existir un subregistro porque muchos laboran como ayudantes – remunerados o no – en economías familiares y otros como empleados/as de trabajadores/as por cuenta propia registrados, actividad que no resulta lícita, pues la legislación no acepta la figura del patrono que emplea fuerza de trabajo asalariada<sup>13</sup>. En el subregistro de trabajadores/as en economías familiares, tiene un peso alto la mujer joven. Es necesario tener en cuenta que en la realidad cubana, el empleo – registrado o no – en el sector de trabajo por cuenta propia significa, en no pocas ocasiones, un mayor nivel de ingresos que en el empleo formal por lo que se ha convertido en una opción laboral atractiva para algunos segmentos de la juventud<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> En 1997, el total de trabajadores ocupados en el sector privado nacional y cooperativo, ascendió a 6,1% y 9,0% respectivamente y estas formas de propiedad se concentran fundamentalmente en la agricultura, cifras que más que duplican el peso que tenían estos grupos en los años 80. De igual forma, los trabajadores por cuenta propia representan el 3,5% del total de trabajadores del país (ONE, 1997).

<sup>13</sup> El subregistro en el sector informal es un fenómeno extendido en todos los países y según se ha estimado en América Latina, por cada trabajador por cuenta propia existen como promedio 3,5 no registrados, que pueden ser ayudantes familiares o no (Núñez, 1998).

<sup>14</sup> Al parecer, una situación similar comienza a apreciarse en algunos países de Latinoamérica. En el informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de 1997, titulado Panorama Social de América Latina, se

Por otra parte, en la primera mitad de la década, las tasas de ocupación juvenil descendieron, aunque ello no significó el crecimiento de las tasas de desocupación pues el desequilibrio financiero existente así como la aparición de vías alternativas de obtención de ingresos no asociados al trabajo formal, redujeron el interés de la juventud por encontrar un empleo estable.

Según un estudio realizado en los años 1994-1995 entre jóvenes desvinculados del estudio y el trabajo, el 71% no encontraba estímulo económico para trabajar y el 79% era mantenido por su familia o recibía ingresos de amigos o familiares en el extranjero (Granma Internacional, 1997).

Esa situación comenzó a mostrar cierta reversión a partir de 1996, momento en que el decrecimiento de la ocupación se detuvo y la desocupación alcanzó cifras entre 6% - 7%<sup>15</sup>, de los cuales el 60% eran jóvenes, con mayor proporción de mujeres, calificación media o media superior y procedencia urbana (Valdés, 1997).

En opinión de los especialistas ese nivel de desempleo no representa un problema social importante, sobre todo porque coexiste con un número de ofertas de plazas sin cubrir, aunque también consideran que las posibilidades de creación de nuevos empleos son bastante limitadas (González, 1997).

Los/las propios/as jóvenes también coinciden en que la desocupación no es un problema significativo sino la reevaluación del salario que se obtiene por el trabajo y la recuperación de su capacidad para satisfacer las necesidades. Según resultados preliminares de la investigación en curso con la juventud cubana antes señalada, la mayor aspiración de cambio en Cuba se orienta al mejoramiento de las condiciones económicas y, en muchos casos, al el logro de una mayor correspondencia entre

---

señala: “...se argumenta que el avance de la informalidad laboral no puede considerarse llanamente como una forma de precarización, ya que las remuneraciones del trabajo informal están creciendo más rápidamente que las del sector formal, lo que tiende a cerrar la tradicional brecha entre ambos. Además, se señala que los años de estudio de quienes desempeñan ocupaciones informales también estarían aumentando...”.

<sup>15</sup> Para esa fecha, en América Latina en su conjunto se estimaba un 7,7% de desempleo urbano, pero una elevada proporción de países superaba esa cifra (CEPAL, 1997).

esfuerzo en el trabajo y resultados en términos de nivel de vida: que los trabajadores puedan a través del salario solucionar sus principales necesidades y aspiraciones.

Los temas laborales fueron expresados como principal deseo por el 12,8% de los jóvenes estudiados y el 10,3% situó alguno de sus tres principales deseos en la esfera del trabajo. De igual forma, el 6% situó alguno de los tres principales problemas de la sociedad en este ámbito. Las aspiraciones referidas al mejoramiento de las condiciones materiales de vida (ingresos, vivienda, transporte y recreación) concentraron el 16% del principal deseo de las personas entrevistadas y el 28% de sus tres principales aspiraciones, a la vez que el 29% ubicó los principales problemas de la sociedad en el plano económico y de las condiciones materiales de vida de los individuos (Domínguez et.al., 1999).

Eso no significa que no existan valoraciones críticas acerca de que las oportunidades de empleo existentes son insuficientes y no siempre se corresponden con los intereses de la juventud, pues hay un claro reconocimiento de que existe una fuerte selectividad ante el empleo, así como insatisfacciones con las exigencias de experiencia que se plantean para desempeñar muchos puestos de trabajo. Pero en el consenso general, el problema no está fundamentalmente en encontrar trabajo, incluso empleos satisfactorios desde el punto de vista de su contenido, sino en la falta de correspondencia entre la remuneración y el costo de la vida (Domínguez, et.al, 1999).

No obstante, es necesario considerar que las tendencias generales actúan como promedio y existen diferencias entre grupos sociales y territorios que pueden hacer más difícil en circunstancias concretas, la situación del empleo juvenil y del empleo femenino, como ocurre por ejemplo en las provincias orientales del país.

Los desbalances por género que mencionamos en los niveles educativos de la juventud, contribuyen a que la diferenciación de situaciones tenga expresiones más polarizadas en el género femenino, pues mientras se refuerza la formación de un sector profesional compuesto básicamente por muchachas, paralelamente se sitúa un grupo, desvinculadas de



las actividades de estudio y laborales, con niveles educativos medios y sin calificación, con una participación social muy reducida.

Entre los que no trabajan, aun no ha alcanzado suficiente peso el interés por encontrar un empleo estable pues – aunque con menores dimensiones – se mantienen los desequilibrios financieros que les permiten vivir sin trabajar. Los efectos negativos de tal situación para ese segmento de la juventud se dan, entonces, en el plano de las posibilidades de una verdadera emancipación económica a partir de una participación laboral y social efectiva y en el plano de los valores morales que se desarrollan a partir de una inadecuada relación entre esfuerzo y aporte personal y beneficios recibidos.

Convenimos en que *“... cuando de empleo se trata, estamos ante una de las más importantes zonas de inserción del individuo al movimiento social, y ante un momento definitorio en el curso de las vidas de los que sostienen el proyecto político. Por eso, la política de empleo tiene que construirse tanto de arriba a abajo como de abajo a arriba ... Como en cualquier otra área del reajuste, la participación, en su más completa y diversa acepción, es nuestra reserva estratégica y nuestra ventaja comparativa para no solo preservar, sino desarrollar nuestro proyecto de nación”*. (Martín y Capote, 1997).

### **La participación sociopolítica.**

En la realidad cubana del último decenio la dinámica de la participación sociopolítica resulta compleja, pues se produce también cierta heterogeneización aunque no necesariamente tiene una correspondencia directa con la heterogeneización socioeconómica.

Cuando evaluamos indicadores de nivel macrosocial, se aprecia una tendencia a la conservación del peso de la participación asociativa de la juventud en las organizaciones típicamente juveniles así como en otros espacios concebidos para la población en general, aunque con algunas reducciones.

A finales de los años 90, uno de cada seis jóvenes era militante de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y entre los estudiantes la proporción era uno de cada cuatro. Es cierto que esas cifras son inferiores a las existentes a finales de los años 80 pero si evaluamos su significado en el contexto de descompromiso político de la juventud, imperante a escala internacional, y a la luz de las complejas circunstancias económicas y sociales que ha atravesado la sociedad cubana, reflejan niveles altos de incorporación política si se tiene en cuenta además que la UJC es una organización con carácter selectivo y con una gran carga de actividades para sus miembros. Entre la juventud trabajadora en el sector formal de la economía, los/las militantes de la juventud representaban el 56% de todos los/las jóvenes técnicos/as y el 40% de los/las jóvenes obreros/as (UJC, 1998).

Sin embargo, el último Congreso de la UJC reconoció que la influencia de la organización no alcanza hoy a todos los sectores de la juventud ante la diversificación de espacios económicos y sociales surgidos al calor de la reestructuración económica. El Informe Central presentado al Congreso señaló:

*“Los cambios en la estructura de la producción y los servicios, como consecuencia de las medidas tomadas para garantizar la sobrevivencia del país, no fueron suficientemente tenidos en cuenta por la organización para mantener su influencia entre los jóvenes trabajadores.*

*El redimensionamiento de grandes fábricas y empresas y su subdivisión en unidades, la reubicación o desocupación de trabajadores jóvenes, la proliferación de establecimientos destinados a la recaudación de divisas, la constitución de las UBPC, el crecimiento del sector campesino, la ampliación del trabajo por cuenta propia y el incremento de otras ocupaciones de carácter individual, han propiciado, a partir de nuestra falta de reacción, que un segmento considerable de jóvenes no reciban las influencias de nuestras estructuras ...”* (UJC, 1998).

A partir del VII Congreso, celebrado en diciembre de 1998, se inició una nueva etapa de trabajo encaminada a fortalecer el papel protagónico de la UJC como organización de vanguardia de la juventud y a recuperar su influencia entre los distintos sectores.

Por su parte, las organizaciones estudiantiles incorporan a la casi totalidad del estudiantado en cada nivel de enseñanza. La Organización de Pioneros José Martí agrupa al 98,4% de niños y adolescentes escolarizados en la enseñanza primaria y secundaria básica.

También en este período la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM) y la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), han reorientado sus acciones para una readecuación de sus objetivos y métodos de trabajo a las características de las condiciones y necesidades actuales del estudiantado. Se ha hecho énfasis en el papel de las organizaciones estudiantiles en los Consejos de Dirección de las escuelas porque ello forma parte de la concepción de democracia y garantiza la presencia en la toma de decisiones como representantes de los intereses estudiantiles. En tal sentido se ha planteado:

*“La mejor identidad que podemos lograr es que en cada centro se represente de manera efectiva al estudiantado y sus intereses en los Consejos de Dirección, donde la voz de estas organizaciones mantenga el liderazgo, la compenetración con su centro y sirva para enriquecer el trabajo conjunto de esa institución docente”* (UJC, 1998).

En este mismo sentido, la FEU expresó que *“nuestro primer deber es lograr el buen funcionamiento de la organización. Cuando hablamos de buen funcionamiento hablamos de que los estudiantes se sientan representados, de que tengan un espacio para el debate y sientan que son escuchados”* (Valenciaga, 1997).

Existen otras asociaciones específicamente juveniles que nuclean a sectores específicos de la juventud como la Asociación Hermanos Saíz que agrupa a los/las escritores/as y artistas y las Brigadas Técnicas Juveniles que incluye a los/las científicos/as e innovadores/as.

A su vez, la juventud también participa en organizaciones y asociaciones que abarcan a la población sin distinciones generacionales, como son el caso de los Sindicatos agrupados en la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y las organizaciones barriales masivas como los Comité de Defensa de la Revolución (CDR) y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). Estas organizaciones mantienen una alta incorporación de jóvenes aunque no siempre

representan para ellos un real espacio de participación, por desactualización de sus métodos y estilos de trabajo, desigual calidad en su funcionamiento al nivel de base en las distintas zonas o porque los intereses juveniles quedan demasiado diluidos en los objetivos generales de la organización. En tal sentido se han producido opiniones críticas por parte de la juventud acerca del formalismo en la pertenencia a estas organizaciones en diferentes lugares y la falta de una atención diferenciada a sus problemáticas particulares.

Paralelamente a la participación ciudadana en las organizaciones y asociaciones que representan los intereses específicamente juveniles o de grupos sociales en los que se encuentran inmersos ya sea en el centro laboral o en la comunidad, existen otros indicadores que permiten evaluar mejor la participación juvenil como son los referidos a su ubicación en cargos de dirección administrativos, gubernamentales o políticos.

Como mostramos en el acápite referido a la participación en el empleo, los menores de 30 años constituyen el 15,7% del total de personas ocupadas en el país en cargos de dirección, lo que representa el 4,1% de la juventud que trabaja en el sector estatal.

Es cierto que las labores de dirección en el ámbito laboral requieren del dominio de la actividad y de experiencia de trabajo, lo que la convierte en una tarea típica de personas de más edad. Pero también es cierto que el permanente movimiento de las ocupaciones, la tecnología y los métodos de dirección, exigen de la preparación actualizada, la iniciativa, la creatividad y el dinamismo de las generaciones jóvenes. De ahí que aunque las cifras que se registran hoy pueden evaluarse como un buen nivel de inserción de la juventud en la dirección de los procesos de trabajo, se hace necesario un fortalecimiento prospectivo de su participación en ese sector ocupacional.

Las cifras son superiores entre las mujeres, las que representan el 24,5% de las mujeres dirigentes (ONE, 1997), como resultado de sus más altos niveles de calificación profesional. Pero, a pesar de esa mayor proporción, ello no está en suficiente correspondencia con el incremento del papel de la mujer joven en la fuerza de trabajo técnica, lo que implica un subaprovechamiento de sus potencialidades.

Este fenómeno atañe a toda la fuerza de trabajo femenina y no solo a las jóvenes, pues si bien es cierto que el 30,3% del total de dirigentes del país son mujeres, lo que nos sitúa muy cerca del nivel de los países de mayor desarrollo industrial (27,7%) y muy por encima de nuestra área geográfica (en América Latina y el Caribe las mujeres en empleos administrativos y ejecutivos son solo el 18,8%)<sup>16</sup>, estos cargos se concentran en los niveles de base o inferiores y va decreciendo su proporción en los superiores, tanto en la dirección estatal, como en la política y del gobierno (FMC, 1996).

El logro de una mayor participación de la mujer en puestos de dirección es una tarea que enfrenta la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y otras organizaciones políticas y sociales en el país. Aunque aun subsisten prejuicios que afectan la promoción de la mujer, a nuestro juicio lo que más dificulta su acceso a cargos de dirección es la sobrecarga familiar y doméstica que aun pesa sobre ella, de manera que no es posible evaluar sus procesos de inserción social, en este caso el acceso a la educación, el empleo y la participación social y política, desconectados de su lugar y papel en la familia (Domínguez, 2000).

En cuanto a la presencia de representantes de la juventud en los gobiernos territoriales (provinciales y municipales) la proporción había oscilado entre la cuarta y la sexta parte del total a lo largo de casi 20 años de existencia del Poder Popular, con excepción del primer período de mandato en que la proporción se acercó al 30%. En los últimos períodos se mantiene una tendencia decreciente, en lo que influye la reducción de la proporción juvenil en la estructura etárea de la población, la complejización de las tareas ante las dificultades económicas y sociales que ha atravesado el país que requieren de mayor experiencia para enfrentarlas y la reducción de los intereses participativos en sectores de la juventud como resultado del mismo contexto social.

---

<sup>16</sup> Como otros datos significativos que reflejan la presencia de la mujer en puestos de dirección pudiera mencionarse que representan el 54% de todos los dirigentes sindicales del país y el 21% de los de nivel nacional, el 16,1% de los miembros del Consejo de Estado así como el 28,6% de las Diputadas al Parlamento. Según una evaluación realizada en 1997 por la Unión Parlamentaria, Cuba se encontraba entre los primeros 15 países en el mundo en representación de mujeres en los parlamentos nacionales y se ubicaba en el segundo lugar de la región latinoamericana (Alvarez, 1998).

En la última legislatura al Parlamento fueron electos 26 jóvenes, lo que representa el 4,3% de los Diputados.

Cuadro 2: Jóvenes delegados a las Asambleas Municipales y Provinciales del Poder Popular.

	1976	1979	1981	1984	1987	1992	1995	1997
total	11840	1795	11874	12340	14528	13865	----	15726
jóvenes	3491	2750	2412	2156	3167	2259	----	1914
%	29,5	23,3	20,3	17,5	21,8	16,3	15,6	12,2

Fuente: Asamblea Nacional del Poder Popular.

Quiere decir que la participación sociopolítica es una esfera donde se aprecia con bastante claridad la heterogeneidad de los comportamientos juveniles por la coexistencia simultánea de grupos que conservan e incluso incrementan sus niveles de participación de una manera consciente y comprometida; grupos que se mantienen incorporados al sistema de organizaciones y asociaciones participativas, pero su presencia tiene cierta carga de formalidad y escaso compromiso; y grupos cuya participación es muy escasa o nula porque sus metas individuales tienen escasos nexos con las metas grupales y no están interesados en incidir en la toma de decisiones colectivas, o porque consideran poco efectivos los espacios de participación existentes. En relación con el papel que desempeñan hoy las organizaciones juveniles, las opiniones también fueron diversas, algunas refiriéndose a ellas de forma general y en ocasiones especificando sobre unas u otras. En sentido general, se constataron valoraciones más favorables sobre las organizaciones propiamente juveniles, es decir, la UJC, la FEEM y la FEU, que sobre las organizaciones que abarcan a sectores más amplios de la población, lo que ratifica resultados de otros estudios sobre la participación juvenil (Vicente, 1999).

Resulta interesante la siguiente opinión, proveniente de un dirigente juvenil, por expresar con claridad la visión de la participación de la juventud y de la necesidad de transformación de la organización, por ello queremos compartirla más explícitamente:

*“Hoy la participación de los jóvenes – es una realidad – tiene problemas. Hay una tendencia del joven hoy – por todas las cosas que el país ha vivido – a no asumir responsabilidades por todo lo que esto lleva, el sacrificio que exige. Y esa es una de las cosas que puede traer problemas con la participación del joven: mientras menos tú te comprometas con determinada organización menos podrás influir en la toma de decisiones, sobre todo en cosas que tengan que ver con los jóvenes. Todas nuestras organizaciones hoy están, y de hecho tienen que estar, sujetas a modificar el tema de la participación, más aun la de los jóvenes. Hay determinadas cosas que se implementaron en un momento histórico bastante diferente y daban resultados. Hay que atemperar hoy ese nivel, o sea, nuestras organizaciones tienen que irse adaptando también a los cambios y parecerse más a lo que el joven necesita en primer lugar. Hoy la UJC está dando pasos en ese sentido ... Cualquier decisión política que la organización vaya a tomar participan los jóvenes. Ahora, hay imperfecciones, no se puede pensar que nosotros vamos a revolucionar en dos ni tres días un trabajo, pero la tendencia final tiene que ser que nuestra gente participe más en todos los procesos de este país”.*

La conciencia acerca de los problemas que existen para el logro de una mayor participación de la juventud y el reconocimiento de las insuficiencias y retos que tienen ante sí las organizaciones juveniles, son la garantía de lograr niveles superiores de protagonismo juvenil.

### **Reflexiones finales**

Sin lugar a dudas, los retos que enfrenta la sociedad cubana en materia de participación e integración social de la juventud en el nuevo siglo, coinciden en muchos puntos con los desafíos que enfrenta la Humanidad en general y en particular la región latinoamericana donde nos insertamos. A ello se añaden los problemas que se derivan del asedio a que se le somete por su decisión de construir un modelo alternativo al capitalismo, aun cuando las circunstancias internacionales son poco favorables a ese propósito a pesar de que sigue

constituyendo la utopía de muchos. Pero también cuenta con un conjunto de ventajas acumuladas en cuatro décadas de construcción de ese proyecto alternativo que ha formado una cultura política en la población y una cohesión nacional en torno a valores básicos como la soberanía, la justicia social y el respeto a la dignidad.

En esas circunstancias, el balance al entrar al nuevo siglo ofrece un saldo positivo en materia de participación juvenil e integración social, aunque en algunas esferas han habido inevitables pérdidas en el transcurso de la última década.

A manera de resumen el análisis realizado evidencia la conservación de resultados considerablemente satisfactorias en el plano educacional, pero con el importante desafío de mantener y recuperar los niveles de participación de la juventud en la educación superior, no solo por el significado que para los individuos y el grupo generacional en su conjunto tiene el acceso a uno de los principales bienes sociales – tanto en su calidad de garantía de acceso al empleo y al bienestar económico, como por su capacidad de construcción de identidad y sentido colectivo – sino también por su papel para garantizar la reinserción económica cubana en las actuales condiciones, en que una de sus principales fortalezas es precisamente su capital humano.

En el ámbito laboral, sin embargo, los retos han sido mayores pues la afectación producida por la crisis económica ha dejado sentir sus efectos, a pesar de los múltiples esfuerzos por atenuarlos, que al menos han permitido conservar los niveles de ocupación en rangos aceptables pero con afectaciones especialmente para los jóvenes, las mujeres y determinados territorios urbanos del país. Como pudo apreciarse, la participación de la juventud en el empleo se ve aun sometida a tensiones para encontrar un puesto de trabajo que satisfaga sus aspiraciones y, sobre todo, hay una insatisfacción bastante extendida en cuanto a la relación entre empleo y nivel de vida al que se puede acceder mediante el salario.

En cuanto a la participación sociopolítica la tendencia predominante es el crecimiento de la heterogeneidad, al coexistir grupos fuertemente implicados en las organizaciones e



interesados en desempeñar un papel protagónico en la readaptación de la sociedad a las nuevas circunstancias, grupos con una incorporación formal pero sin una implicación real en la transformación social y grupos apáticos y desinteresados en participar en cualquier ámbito colectivo. El análisis de las causas de este incremento de la heterogeneidad juvenil pasa por varias dimensiones paralelas: el contexto económico y social en que se produce y su capacidad estructural para involucrar a la juventud en metas colectivas; la socialización y sus resultados en materia de valores; los espacios de participación existentes y sus potencialidades reales y, todo ello, en los marcos de una realidad internacional que hace de este comienzo de siglo una etapa de abstencionismo social sobre todo entre la juventud.

Evidencia reciente de que los problemas juveniles trascienden fronteras nacionales y preocupan a muchos en diferentes partes del mundo, es la Carta Iberoamericana de Derechos de la Juventud a propuesta de la IX Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud, celebrada en Lisboa, Portugal en agosto de 1998 y aprobada en la X Conferencia en Panamá en el año 2000.

Dicha Carta, en cuya elaboración y discusión participaron no solo instituciones gubernamentales sino, sobre todo, organizaciones y movimientos juveniles<sup>17</sup>, reconoce explícitamente en su articulado el derecho de la juventud a la educación (Artículo 15); el derecho al trabajo, a la remuneración, capacitación y protección, así como a la atención a los desocupados (Artículos 20, 21 y 22) y a la participación política (Artículo 11). Este último señala:

*“Los/las jóvenes tienen derecho a la participación política, entendiendo por tal tanto los derechos que se relacionen con el voto y la militancia en organizaciones políticas, de acuerdo con la legislación de cada país, como en la deliberación y proposición de medidas relevantes a su problemática, a través de sus organizaciones juveniles. Las organizaciones gubernamentales y legislativas darán cabida a las iniciativas juveniles en los procedimientos para la aprobación de las políticas y las leyes sobre la juventud”* (OIJ, 1999).

---

<sup>17</sup> En el caso de Cuba, la UJC organizó una ronda de consultas entre especialistas en temas juveniles para aportar sugerencias.

En Cuba, tanto las instituciones estatales y sociales como las organizaciones juveniles trabajan por continuar materializando y perfeccionando el ejercicio de los derechos de la juventud garantizados desde hace más de 40 años y por elevar la participación juvenil en el logro de una mayor integración social y en la búsqueda de soluciones a sus principales problemas como generación.

## **Bibliografía**

1. Agulló E. (1997). *Jóvenes, trabajo e identidad*. Universidad de Oviedo, Asturias, España.
2. Almuiñas, J.L. et.al. (1993). Desarrollo socioeconómico y planeamiento de la formación de profesionales: reflexiones sobre una experiencia (II parte). *Revista Cubana de Educación Superior*. CEPES-UH. vol.3, no.2, pp. 173-189.
3. Alvarez, M. (1998). Mujer y poder en Cuba. *Revista Temas 14* pp.13-25. La Habana, Cuba.
4. Arribas, J. M. y J.J. González (1987). *La juventud de los ochenta. Estudio sociológico de la juventud de Castilla y León*. Edit.Sever-Cuesta. Valladolid, España.
5. Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) (1997). Información estadística. La Habana, Cuba.
6. Borón, A. (1998). Requiem para el neoliberalismo. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. pp. 167-199. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela,
7. Brunner, J. J. (1990). *Educación Superior en América Latina: Cambios y Desafíos*. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile.
8. Comité Estatal de Estadísticas (CEE) (1981). *Censo de Población y Viviendas*. La Habana, Cuba.
9. CEE (1987). *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana, Cuba.

10. Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (1997). *Panorama social de América Latina*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
11. CEPAL. (1997a). *La Brecha de la Equidad. América Latina, el Caribe y la Cumbre Social*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
12. Centro de Estudios para el Perfeccionamiento de la Educación Superior (CEPES). (1998). Datos generales del ingreso a la Educación Superior. Curso 1998-1999. La Habana, Cuba.
13. Dilla, H. et.al. (1993). *Participación popular y desarrollo de los municipios cubanos*. Centro de Estudios sobre América. La Habana, Cuba.
14. Domínguez, M.I. (1988). Criterios teórico-metodológicos para la investigación de la juventud. *Revista Cubana de Ciencias Sociales* 17. La Habana, Cuba.
15. Domínguez, M.I. (1989). Estructura generacional de la población cubana. (Informe de investigación) (CIPS). La Habana, Cuba.
16. Domínguez, M.I. (1994). Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual. (Tesis doctoral). (CIPS). La Habana, Cuba. (Inédito).
17. Domínguez, M.I. (1994a). Un recorrido histórico por las categorías generaciones, juventud y socialización. (CIPS). La Habana, Cuba. (Inédito).
18. Domínguez, M.I. (1996). Generations and Participation in Cuba. En: *Cuba in the Special Period: Cuban Perspectives. Studies in Third World Societies*. Publication number Sixty. Virginia, USA.
19. Domínguez, M.I. (1999). Acceso a la educación y cuestiones de género en Cuba. *Revista Bimestre Cubana* 11 pp. 131-144. La Habana, Cuba.
20. Domínguez, M. I. y M. E. Ferrer (1996). Integración social de la juventud cubana: reflexión teórica y aproximación empírica. (Informe de investigación) (CIPS). La Habana, Cuba.
21. Domínguez, M. I. y M. E. Ferrer (1996a). Jóvenes cubanos: Expectativas en los 90. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, Cuba.

22. Federación de Mujeres Cubanas (FMC) (1996). Informe de la Subcomisión "Acceso a la dirección en niveles decisorios". En: *Las Cubanas: de Beijing al 2000*. Edit. de la Mujer. pp.65-72. La Habana, Cuba.
23. Fernández, O. (1996). Cuba: participación popular y sociedad. En: *La participación en Cuba y los retos del futuro*. pp. 37-55. H. Dilla (Comp). Centro de Estudios sobre América. La Habana, Cuba.
24. González, A. (1997). Economía y sociedad: los retos del modelo económico. *Revista Temas 11* pp. 4-29. La Habana, Cuba.
25. González Casanova, P. (1998). La democracia de todos. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. pp. 23-33. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela.
26. Granma Internacional. (1997). Estudio sobre los Jóvenes y el Empleo. *Suplemento Especial*. 29 de enero. La Habana, Cuba.
27. Krauskopf, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. En: *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Pp. 119-134. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.
28. Martín, José L. y A. Capote (1997). Reajuste, empleo y subjetividad. *Revista Temas 11* pp.76-87. La Habana, Cuba.
29. Montaña, C.E. (1992). *La Participación en organizaciones democráticas y autogestionadas*. Centro Latinoamericano de Economía Humana. Montevideo, Uruguay.
30. Núñez, L. (1997). Más allá del cuentapropismo en Cuba. *Revista Temas 11* pp.41-50. La Habana, Cuba.
31. Oficina Nacional de Estadísticas (ONE) (1996). *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana, Cuba.
32. (ONE) (1997). *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana, Cuba.
33. Oppenheimer, T. (1995). Rights and responsibilities of youth. *Hope '87 Newsletter*. Viena, Austria.

34. Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) (1999). *Carta Iberoamericana de Derechos de Juventud*. Madrid, España.
35. Reguilló, R. (2000). Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión. En: *Aproximación a la diversidad juvenil*. pp. 19-44. G. Medina Carrasco (Comp.). El Colegio de México.
36. Rodríguez, E. y B. Dabezies. (1990). *Primer Informe sobre la Juventud de América Latina*. Quito, Ecuador.
37. Rodríguez Suárez, L. (2000). Perspectivas de transición al empleo de los estudiantes de politécnico. Diseño de investigación para Tesis de Maestría en Sociología. Universidad de la Habana, Cuba.
38. Sandoval, M. (2000). La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes. En: *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. pp. 147-164. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.
39. Serna, L. (1998). Globalización y participación juvenil. En búsqueda de elementos para la reflexión. Revista *Jóvenes*. No. 5. Julio - diciembre, pp. 42-57, México.
40. Soares, C. (2000). Aspects of Youth, Transitions and the End of Certainties. *International Social Science Journal*, 164, pp. 209-218, UNESCO, París.
41. Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) (1990). *Sin formalismos*. Informe Central al V Congreso. Editora Abril. La Habana, Cuba.
42. UJC (1998). *Informe Central al VII Congreso*. Editora Abril. La Habana, Cuba.
43. UNESCO (1998). *Primer Estudio Internacional Comparativo*. Laboratorio Latinoamericano de valuación de la Calidad de la Educación. Santiago de Chile.
44. Urresti, M. (2000). Paradigmas de participación juvenil: Un balance histórico. En: *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. pp. 177-206. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.
45. Valenciaga, C. (1997). Apostamos por un ser humano mejor. (Entrevista del Presidente de la FEU). *Periódico Juventud Rebelde*. 14 de diciembre.

46. Valdés, S. (1997). Economía y empleo deben marchar juntos (Entrevista al Ministro del Trabajo). *Periódico Granma*, 3 de enero, La Habana, Cuba.
47. Vicente, M. (1999). La participación sociopolítica: clave del protagonismo juvenil. En: *Cuba: Jóvenes en los 90*. Editora Abril. la Habana, Cuba.
48. Vilas, C. (1998). Buscando al Leviatán: hipótesis sobre ciudadanía, desigualdad y democracia. pp. 115-134. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela.